

INDICE

<i>Indice</i>	<i>Pág. 2</i>
<i>Introducción</i>	<i>Pág. 3</i>
<i>I. Educación en valores</i>	<i>Pág. 4</i>
1.- <i>Valores</i>	<i>Pág. 4</i>
2.- <i>Actividades deportivas en el deporte escolar</i>	<i>Pág. 5</i>
3.- <i>Modelo deportivo</i>	<i>Pág. 7</i>
4.- <i>Competición, consecuencias</i>	<i>Pág. 10</i>
<i>II. Valores: Qué, cómo y cuándo transmitirlos</i>	<i>Pág. 15</i>
1.- <i>Cat. Benjamín</i>	<i>Pág. 16</i>
2.- <i>Cat. Alevín</i>	<i>Pág. 19</i>
3.- <i>Cat. Infantil</i>	<i>Pág. 22</i>
4.- <i>Cat. Cadete</i>	<i>Pág. 27</i>
<i>III. Conclusiones</i>	<i>Pág. 29</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>Pág. 31</i>

INTRODUCCION

Se habla y se ha escrito mucho de la importancia que tiene en la formación de los niños y las niñas, la práctica del deporte escolar. Siempre que sale a relucir el tema deporte en cualquiera de sus acepciones o adjetivaciones, deporte para niños, deporte escolar, deporte infantil, deporte de base, etc..., a todos los adultos nos da la impresión de algo positivo, bueno, favorable.

No es que no lo sea, sino que olvidamos con facilidad otros aspectos (o quizá no los vemos) que no son tan positivos para el niño y la niña, y que están estrechamente vinculados al deporte y a su desarrollo como personas.

El deporte como vehículo transmisor de valores sociales, como algo bueno para la educación de los niños. Es bueno que se glorifique al mismo y que se le considere como un elemento importantísimo en la formación infantil, que se le dé connotaciones de factor de beneficio social, que se le potencie desde los organismos, que la sociedad en definitiva, lo entienda como algo establecido y sin posibilidad de cambio.

Pero, también es bueno que se escuchen otras voces que ven al deporte escolar desde otra perspectiva. Desde un punto de vista inconformista. No conforme con la situación actual del deporte escolar y no conforme con el concepto actual que tiene la sociedad del mismo.

La proliferación de artículos deportivos soslayando el enfoque educativo del deporte escolar, en contraposición al deporte competitivo es cada vez más patente. El modelo educativo preferente que propugnan los educadores más modernos al ámbito del deporte escolar, en no pocas ocasiones se queda en meras especulaciones teóricas. Ya que la práctica diaria de las actividades físico deportivas en el ámbito escolar, se sigue circunscribiendo al método tradicional, en donde el rendimiento, la búsqueda de resultados y la figura elitista sigue predominando.

Esta exposición trata de enfocar de manera práctica ese enfoque educativo que se le pretende dar al deporte, pero que muchas veces no se entiende como llevarlo a la práctica en nuestras labores como docentes. Ante todo, pretende ser un instrumento útil para educadores, entrenadores y monitores deportivos. Donde sean capaces de reflexionar sobre el auténtico valor del deporte como creador y formador de personas, con unos valores sociales y personales acordes para la convivencia pacífica y armónica. De esta forma, ayudar a la formación educacional de los seres humanos para su futura vida adulta.

Difícilmente se podrán establecer objetivos educativos sin tener en cuenta el contexto educativo que rodea al niño, los familiares, los tutores, maestros en general son personas que de una manera directa influyen en la formación de valores positivos en los niños. Por esta razón, los resultados de los procedimientos básicos que se propugnen, siempre estarán supeditados a elementos exteriores que los docentes en materia deportiva poco o nada podemos hacer.

I EDUCACION EN VALORES

1.- Valores.

“el hombre, si no quiere dejar de ser hombre, debe alimentar valores, recuperar los perdidos o avizorar otros nuevos, debe buscar en los mismos hábitos de la sociedad cuanto de aprovechable y valorizador pueda sacar de ellos”. Cagigal, ¡Oh deporte!

Esta claro, de que uno de lo mayores problemas a los que se enfrenta cualquier persona que trabaja con chavales en actividades deportivas, no son sólo los componentes teórico-prácticos, sino además, aquellos elementos referidos a una educación en actitudes. Considerando al discente como una persona total, global, y no un abigarrado de conocimientos, hace que se reoriente su tradicional sentido de la información atenuándolo, en beneficio de aquel que todos consideramos como fiel reflejo de la naturaleza humana: la formación integral. El docente se convierte en educador, esto supone asumir una serie de responsabilidades en cuanto a su educación de valores se refiere, aunque sea una responsabilidad compartida. Partiendo de esta premisa llegamos a este punto:

¿ Merece la pena hoy en día educar en valores a través de las actividades físico deportivas ?

El deporte, puede ser considerado en los albores del siglo XX I como universal cultural. La práctica de alguna de sus manifestaciones, como es el caso del deporte escolar, aparece por lo general asociada a valores y actitudes como la cooperación, el diálogo, el respeto, la responsabilidad, la sinceridad o la creatividad. Este es argumento suficiente para que la práctica deportiva goce de presencia destacable en muchas de las actividades que se desarrollan con el objetivo de contribuir al proceso educativo de los jóvenes.

A través de la práctica físico-deportiva, tenemos la posibilidad de reproducir implícitamente valores de la sociedad en la que vivimos, por ejemplo, podemos promover una educación de la conciencia colectiva, la participación y la convivencia pacífica. Pero además otra de las posibilidades educativas del deporte, es el desarrollo e interiorización de hábitos saludables e higiénicos, o hábitos de relación social entre otras.

Pero realmente, ¿ qué son los valores ?

Distinguimos según autores, acepciones diferentes que sin duda alguna, nos ayudarán a comprender y entender el significado auténtico del concepto valor.

Los valores, aluden a cualidades objetivas que tienen las cosas, son juicios de deseabilidad o de rechazo que se atribuyen a los hechos y objetos, son principios o criterios que definen lo que es bueno o malo, por lo que acaban influyendo poderosamente en la conducta de los miembros del grupo social. (García Ferrando, 1996).

Kuluckhohn, (1951) define los valores como concepciones o criterios de lo deseable, y que proveen la base para seleccionar entre alternativas de pensamientos, sentimientos y acciones.

Los valores se manifiestan en guías de comportamiento específico, a las que se denomina normas. Ambos están estrechamente relacionados, pues los valores no pueden manifestarse sin normas de conducta que los enmarquen y que tienen que ser aceptadas por una parte o por la totalidad de los miembros del grupo. Las normas son valores que las personas interiorizan en algún momento durante el proceso de socialización y desarrollo (R. Roche Olivar, 1997). Las normas, en consecuencia, se pueden definir como reglas para comportarse de un modo determinado. Precisamente del estudio de las normas que rigen los distintos tipos de comportamientos deportivos, se pueden deducir los valores que tienen los practicantes y todos aquellos que impulsan un tipo u otro de comportamiento.

La mayoría de los autores coinciden en que las actitudes y los valores son adquiridos a través de los procesos de socialización, y denotan la identificación con las normas sociales y el marco cultural de una comunidad determinada. En concreto, la cultura, la sociedad y la personalidad son los principales antecedentes de los valores, siendo las actitudes y la conducta los consecuentes más relevantes.

Escribir sobre valores en una sociedad, en la que lo queramos o no, se caracteriza por ser eminentemente competitiva y materialista, parece una idea poco original y algo descabellada. Y sobre todo, no exenta de riesgo. Los modelos sociales dominantes acaparan la atención sobre esquemas que priorizan más el individualismo que el bien común, el poder y el prestigio, más que la solidaridad y la igualdad.

Es una preocupación latente en la gran mayoría de educadores, encontrar vías de promoción y transmisión de valores éticos, que coincidan con un proyecto educativo ilusionante para padres, profesores y alumnos.

2.- Actividades deportivas en el deporte escolar.

Desde casi todos los ámbitos se reconoce que las actividades deportivas son un excelente medio para fomentar determinados valores sociales y personales, especialmente en nuestra juventud.

La actividad deportiva promueve, a través de los años, la constitución de los principios de una “familia sustituta”, con roles bien definidos, responsabilidades y derechos compartidos, normas preestablecidas, experiencias vivenciales, en las cuales el concepto de “entre todos lo lograremos” adquiere un valor paradigmático y que significativamente se reconoce a través de los cánticos, los distintivos, la camiseta y su número, entre otros.

El deporte escolar, en nuestro contexto cultural, viene definida como aquella actividad deportiva organizada practicada por escolares fuera del horario lectivo, que complementa la educación y contribuye a conseguir la formación integral de las personas. El deporte escolar con fines educativos debe permitir el desarrollo de las aptitudes motrices y psicomotrices, con relación a aspectos afectivos, cognitivos y sociales de su personalidad, respetando los estadios del desarrollo humano.

Dicho de otro modo, es el medio fundamental del que podemos valer como docentes, para provocar verdaderas y palpables transformaciones en nuestros alumnos. Esta perspectiva del deporte como medio educativo, destaca por las siguientes características:

- El deporte es un ámbito de encuentro y convivencia.
- Contribuye a la socialización de las personas.
- Permite la relación y la mejora de la comunicación interpersonal.
- Fomenta la participación y cooperación, ayuda a la cohesión.
- Impulsa a la responsabilidad, al compartir, al trabajo en equipo.
- Educa en el esfuerzo y la superación de uno mismo.

En este sentido, podemos afirmar que los valores impregnan, tanto implícita como explícitamente, el acto de enseñar. La educación implica transmitir algo valioso. De hecho, “el deporte refleja los valores culturales básicos del marco cultural en el que se desarrolla y por tanto actúa como ritual cultural o ‘transmisor de cultura’” (Blanchard y Cheska, 1986:37). Se podría decir que es imposible concebir una educación libre de valores. Algunos valores son más visibles que otros. Pero ¿cuál es la función del profesor respecto a la educación en valores de sus alumnos: inculcar, clarificar, fomentar la autonomía, neutralidad, beligerancia? Este es un problema que plantea un dilema irresoluble, ya que ninguna de las dos alternativas o expectativas de lo que puede esperarse de la labor del profesor resulta aceptable:

- a) Adaptar a los alumnos al sistema social (socialización reproductiva).
- b) Fomentar el modo particular de ver y valorar de cada alumno (individualismo subjetivista).

El dilema está entre actuar de forma neutral respetando el ámbito discrecional propio de una sociedad pluralista, o intervenir promoviendo unos valores específicos, derivados de la función educativa de la escuela a los que no puede renunciar.

Por lo descrito hasta ahora, podemos afirmar que la práctica de un modelo de deporte escolar educativo y formativo, puede favorecer el proceso educativo de los niños en edad escolar y no quedar relegado, como en la actualidad, a una actividad secundaria.

Para que esto sea posible, es imprescindible que los entrenadores del deporte escolar se encuentren estrechamente vinculados al ámbito educativo y de manera específica, a los maestros y profesores de educación física.

Es un hecho que el deporte hoy en día, goza de un ineludible potencial socializador, este potencial socializador puede tener consecuencias negativas o positivas, según el modo en que se produzca la interacción entre la persona que se socializa, los agentes socializadores y las situaciones sociales (McPherson, 1986). Por ejemplo, no se dará la misma situación socializadora en una escuela que cuente con todos los medios para impulsar un programa de iniciación deportiva, que aquella otra en la que, además de carecer de esta posibilidad, un programa de este tipo puede ser juzgado con cierto recelo. De allí la importancia del correcto accionar del docente.

Someter al alumno a presiones constantes o cargarlo de exigencias que él no está en condiciones de poder afrontar, puede marcarlo de tal manera que condicione o limite su futura participación en el deporte, del que por otra parte, se tiene un amplio consenso sobre la utilidad que proporciona su práctica para el desarrollo y mantenimiento de una sociedad sana.

3. Modelo deportivo

Por otra parte también se reconoce, que actualmente el modelo deportivo dominante presenta conductas indeseables. Conductas, que desvinculan a los menos formados, nuestros jóvenes, de la imagen que se tiene del deporte: como instrumento formador del temperamento de la personalidad. La progresiva relevancia y difusión del deporte ha contribuido al deterioro en el modo de practicarlo, sufriendo las relaciones de convivencia y primando el éxito y el triunfo a toda costa.

No pocas veces, el deporte adulto es utilizado como modelo en el que el deporte escolar haya su piedra angular, y se proyecta a una clientela a quien la noción de competición formal como un tipo de comparación social, no es aún comprensible. Este hecho, de ninguna manera contribuye al proceso educativo en el que se encuentran inmersos los jugadores, ya que se antepone a la educación otro valor: la competitividad. Pese a que se considera la competición una característica esencial en el deporte, no debe potenciarse un modelo de deporte escolar que gire alrededor de dicho concepto.

Se observa con preocupación el desarrollo del deporte infantil, en el ámbito mundial, a través de la programación de campeonatos deportivos con características organizativas, estructurales, competitivas y de premiación similares a los eventos profesionales, exigiendo normas y transmitiendo valores propios del mundo adulto, soslayando el punto de vista lúdico-educativo de la actividad en la infancia.

Cruz i Feliu, J. (1997) afirma que la situación del deporte infantil merece una reflexión crítica, pues ciertos valores educativos de dicha práctica han entrado en crisis en algunas competiciones, debido a la emulación con el deporte profesional. Por ejemplo, Roberts (1980) argumentó que los niños no son lo bastante maduros para entender totalmente el proceso de competición hasta los 10 o 12 años; todavía en algunos deportes, por ejemplo los patinadores sobre hielo, gimnastas y nadadores, los niños pueden entonces ya estar en el grupo de edad de competiciones regulares.

Revisando algunos modelos que actualmente están vigentes en el deporte escolar, se aprecia que el sistema de competiciones escolares se fundamenta en un tipo de práctica selectiva, discriminante y especializada, que se inicia cada vez en etapas más tempranas, preocupados por controlar un mercado escolar que descende en número y que cada vez tienen más ofertas de otro tipo de prácticas. Esa política claramente selectiva exige que sólo jueguen los más dotados; es decir solo reservada para los mejores, con la intención final de buscar un ganador a partir de eliminar al resto de participantes y donde los menos capacitados terminan siendo discriminados del sistema; estas sufridas frustraciones en los niños, no llevan más que al alejamiento de cualquier tipo de actividad físico deportiva.

Estos argumentos nos llevarían a considerar que la vida es una continua pugna con el resto de los individuos que nos rodean, y que sólo los más preparados, los más aptos, pueden disfrutar del éxito.

Por otro lado, no hay preocupación por aquellos que abandonan la práctica deportiva por su falta de capacidad, maduración o decisión del entrenador. Es importante recalcar que si un individuo ha tenido una formación deportiva desde la infancia y ha desarrollado, por poco tiempo que sea, una actividad deportiva regular, habrá adquirido seguramente un hábito deportivo que lo llevará a seguir practicando, aunque sea de forma esporádica y discontinua durante el resto de su vida.

De cualquier forma, es bastante posible que la competición demasiado pronto pueda tener el efecto, no de tener un gran número de niños pero si de disuadirles. El constante seguimiento de excelencias y la disponibilidad de modelos de élite pueden actualmente desalentar algunos jovencitos de intentar un deporte por miedo de no ser capaces de alcanzar un nivel aceptable.

La búsqueda del resultado, es decir, enfocar todas las acciones hacia el objetivo final, sin incidir en el proceso y los procedimientos empleados para su consecución acarrea unos efectos negativos que normalmente se plasman en este tipo de acciones:

- Utilizar el engaño para hacer participar a jugadores con diferentes edades.
- Propiciar el aislamiento de aquellos jugadores menos capacitados técnica y físicamente.
- Posibilitar relaciones de enemistad basadas en el establecimiento de desigualdades entre los miembros del equipo.
- Generar situaciones de frustración y de inseguridad por establecer objetivos irrealizables, y con los que los niños y las niñas no se sentían identificados o no estaban motivados.

Muchos de esos objetivos, son planteados para complacer voluntades de otras personas, normalmente un adulto, como puede ser el padre o la madre, el profesor o el entrenador.

El deporte escolar por su propia definición debe tener fundamentalmente fines educativos, tanto referidos a la educación general, como a la propia educación física, y consecuentemente con los pretendidos valores del deporte.

Citando a Huxley (1969), “como cualquier instrumento inventado por el hombre, el deporte puede utilizarse con buenos y malos propósitos. Bien aplicado puede enseñar resistencia y estimular un sentimiento de juego limpio y un respeto por las reglas, un esfuerzo coordinado y la subordinación de los intereses del grupo. Mal utilizado, puede estimular la vanidad personal y la del grupo, el deseo codicioso de victoria y el odio a los rivales, un espíritu corporativo de intolerancia y un desdén por aquellas personas que se encuentran más allá de un cierto rol arbitrariamente seleccionado.”

Debemos tener en cuenta ante todo, que la gran preocupación de todo educador, es llegar a conocer los medios y procedimientos más adecuados para transmitir a nuestros alumnos un espíritu de igualdad, de justicia, de tolerancia y de realización

personal. Todo educador debe ser consciente, a veces por encima de los propios contenidos que imparte, que es su responsabilidad inculcar valores y actitudes, y no optar por una neutralidad obsoleta y caduca, abandera de la libertad sin juicio.

Como diría Trilla, la neutralidad en educación supone una contradicción en los términos, ya que no es posible concebir una educación neutra en relación a la transmisión de valores.

En no pocas ocasiones, los técnicos del deporte escolar poseen un escaso nivel de formación, especialmente en aspectos pedagógicos, ya que no se les exige ningún tipo de titulación para dirigir la competición escolar. Se apoyan en métodos directivos y transmiten una información técnica que procede sólo del entrenador mediante comunicaciones autoritarias. Su metodología de trabajo tradicional reproduce lo visto en sus entrenadores anteriores: basada en modelos de entrenamiento dirigidos a mecanizar y repetir movimientos con una rígida disciplina, dando prioridad al cumplimiento de los objetivos finalistas sobre el proceso y sobre el desarrollo personal del escolar. En estos casos, la falta de educación en valores, en la práctica del deporte infantil es responsabilidad de algunos hombres, que fuera del ámbito deportivo, tampoco sabrían vivir en armonía, en democracia y con el beneficio de la paz.

Una de las tareas a abordar en este contexto, es el análisis del conjunto de influencias ambientales que reciben nuestros jóvenes actualmente, en unos casos se trata de la opinión pública, en otros de los medios de comunicación, o de los grupos de presión, y de manera más inmediata al propio ambiente escolar y familiar.

Cada uno de estos ámbitos plantea un crédito lo suficientemente importante como para no despreciar ninguno. En principio, parece legítimo abordar estas cuestiones bajo una perspectiva ecológica. Teniendo presente a todos los agentes que inciden en la transmisión de valores educativos.

4.- Competición, consecuencias.

Todos estaremos de acuerdo en la gran satisfacción que nos produce alcanzar el triunfo en cualquier actividad deportiva. Estos triunfos que aparentemente nos reconfortan tanto a los adultos, generan una reacción impactante a los más jóvenes, su fantasía y su capacidad de simulación les conduce a vivir una realidad al margen de la propia realidad.

Midiel Bonet, psicólogo deportivo, dijo que el deporte proporciona placer, y que éste se practica de una manera proporcional al placer físico. Muchos deportistas “se apagan” ya que su satisfacción y diversión está sólo en un objetivo: ganar. Pero hay un

concepto que estas determinadas personas no entienden, y es que **lo más importante no es ganar, sino participar, divertirse, sentirse bien con uno mismo**, etc. La competición debe ser un medio y no un fin en sí mismo.

Slusher asegura, que el deporte es diferente de todo lo que compone la vida. Es dinámico, pero sin miedo o vergüenza, es también agresivo, etc. El hombre participa en los deportes por sí mismo, sin importar el resultado final.

No siempre estos comportamientos constituyen un ejemplo y un modelo a imitar. Desgraciadamente, las falsas expectativas que proporcionan la envidia de los más jóvenes, se sustentan en la “excelencia” reprobable de ídolos con pies de barro. Asimismo, estos ídolos nefastos y sus comportamientos, terminan influenciando de manera peligrosa e interesada la interpretación de los valores que el deporte lleva implícito.

El juego limpio, la deportividad, el respeto a unas normas...queda supeditado al éxito a cualquier precio. El deporte queda al servicio del máximo beneficio a toda costa. No se trata de rechazar el deporte escolar. Sino de los métodos que se utilizan y del mimetismo con el deporte de competición: **“el deporte escolar debe dar prioridad a los aspectos lúdicos y no a los aspectos competitivos”**.

Como señalan Devereaux (1978) y Underwood (1978), la iniciación deportiva parte de unos modelos profesionales de enseñanza, que empobrecen la espontaneidad del niño y contribuyen a la aparición de conductas opuestas al juego limpio, lo que da lugar a un entorno negativo para el desarrollo moral y social de niños y jóvenes.

Programas cada vez más severos y menos motivantes, presiones de toda índole y la falta de iniciativa personal de los practicantes se traduce en un conflicto de intereses. La juventud se aleja irremediamente de los valores intrínsecos que transmite la actividad deportiva. Desde este punto de vista, es fundamental tener en cuenta la función del entrenador como responsable y experto educativo, y no sólo como transmisor de técnicas y tácticas, así como las actividades a utilizar en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Se debe apostar por la función educativa del Deporte Escolar entendiendo que esta actividad puede, todavía, situarse al margen de la obsesión competitiva.

No es que la competitividad deba entenderse como algo negativo si supone excelencia en la competencia de cada uno. La competitividad reglamentada y correcta, que supone logro de excelencia y lucha personal, que procura la superación de uno mismo, y de sus limitaciones en orden al logro de objetivos que supongan el éxito individual y, mejor aún, compartido, incrementa el sentimiento de pertenencia a grupo, al equipo, y la confianza en las posibilidades de cada uno para proponerse objetivos y lograrlos.

Llegados a este punto, se nos plantea la cuestión ¿el deporte escolar es educativo?

El deporte no es educativo si nos limitamos a enseñar aspectos técnicos y tácticos con el objetivo de crear “campeones” y ganar el mayor número de competiciones posibles; o al menos, no es tan educativo como podría ser, ya que el

aprendizaje y desarrollo de patrones motores o estratégicos es sólo una parte de lo que debería implicar la práctica deportiva en las edades tempranas.

La función educativa del deporte debería implicar además de la enseñanza de técnicas y el desarrollo de las cualidades físicas de los alumnos, la transmisión de hábitos, valores y actitudes. Precisamente aquí, es donde se nos presenta el problema principal ¿qué hábitos, valores y actitudes debemos transmitir a los escolares? Y seguidamente ¿cómo hacerlo?

Hay teorías que tratan de relacionar de forma específica los valores con distintas etapas de la madurez de la persona, y sostienen que ciertos valores llegan a convertirse en prioridades en diferentes etapas de madurez.

5.- Valores a desarrollar

Los valores son “aquello” que se manifiesta a través de la conducta, reflejándose también a través de las palabras. Los valores son prioridades significativas que reflejan el mundo interno y se manifiestan en la conducta externa.

Numerosos estudios han permitido identificar diferentes palabras-valor que responderían a experiencias humanas que son comunes a muchas culturas, aun cuando gran parte de estas palabras no representarían valores distintos, sino distintas “versiones”, más o menos complejas, de un mismo valor.

Concretamente, en el ámbito de la actividad física y el deporte ¿cuáles son los valores sociales y personales que son factibles de desarrollar a través del deporte en la edad escolar?

Sabemos que el deporte, desde un punto de vista moral, no es sólo una situación motriz que está regulada por un reglamento y que depende de una institución, es mucho más. No implica solamente una serie de participantes, unos contra otros. La enseñanza del deporte no es únicamente el aprendizaje de las técnicas, tácticas, etc... esto sería empobrecer demasiado lo que éste significa. Podríamos indicar que el valor educativo del deporte y la actividad física radica, principalmente, en que a través de éstos el niño llega a construirse las nociones espaciales, temporales y corporales por la interacción de él con los demás a través de las relaciones lógicas que establece por el uso de estrategias cognitivas y utilizándolas, a su vez, como medio de analogía para establecer su nivel de desarrollo, destreza, etc... con los que le rodean y así definir sus propias posibilidades y tomar las consecuentes decisiones para el futuro. (B.O.C.1993:1949)

Los valores que son más válidos e interesantes de transmitir son aquellos que, sin llegar a ser coyunturales, proporcionan un sustento como medio para conseguir nuestro fin último: el desarrollo global e integral, de los niños como personas que son. Aunque se pueda establecer un abigarrado compendio de valores sin establecer un criterio claro, no distinguiendo cuáles son susceptibles de ser considerados como propios del deporte y cuáles abordables desde cualquier otro ámbito de la formación. Se deben destacar o diferenciar los intrínsecos al deporte por un lado, y los extrínsecos al mismo por otro. Dicho de otro modo, cuáles son propios y susceptibles de ser adquiridos por el deporte y cuáles son los adjudicados por la subjetividad cultural del hombre.

Entre los valores que podrían definirse como intrínsecos a la actividad deportiva, por ser aquellos que el sujeto “experimenta” a la realización de la misma y porque sólo el deporte los transmite en sí mismo, son tres según Seirullo (1995:64-69): el agonístico, el lúdico y el hedonístico. El agonístico ha dado lugar a malas interpretaciones y de no tener mucho cuidado en su utilización es muy fácil tergiversar cuál es, o debe ser, el verdadero sentido en el que se debe entender y utilizar. Se entiende que este valor promueve una apología por “aplantar” al contrario, y desvirtúa otros como la solidaridad, el compañerismo, la ayuda mutua, el altruismo, etc... En parte es verdad, porque en el deporte actual lo que importa es el resultado inmediato (los números). Esta claro que practicamos deporte por su valor competitivo, es precisamente su comportamiento agonístico lo que nos atrae del mismo. No obstante, “competir es una conducta humana que, por sí misma, no debe ser considerada como buena o mala, es el uso y orientación de la misma, la que le puede dar uno u otro carácter” (Hernández, 1989:79) lo que implica que es totalmente apropiado enseñar a competir; siempre como un medio para autosuperarnos, de mejorar respecto a nosotros mismos y nunca violando los derechos de los demás en beneficio propio. Debemos reconocer que el conflicto de la competición debe estar orientada a superar un objetivo y no a los antagonistas. Atenuar esta concepción es una labor difícil, teniendo en cuenta que no trabajamos en un lugar aislado de todo contexto, no estamos en una “burbuja de aire” inmune a las influencias de la sociedad; está la familia, la escuela, los amigos del barrio, los medios de comunicación, etc...

Otro valor reconocible es el lúdico, comúnmente asociado al juego. Este es el agravante, así podríamos llamarlo, ya que el deporte siempre se haya considerado desde una perspectiva agonística, desvalorizando de él su componente lúdico, que dicho sea de paso es uno de los principales motivos que impulsan a practicar deporte. No se trata de ganar, se trata de pasarlo bien de una forma más o menos organizada. A pesar de ser uno la antítesis del otro, se necesitan los dos, el uno del otro. El factor lúdico, es lo que nos sirve como un inestimable recurso para favorecer los aprendizajes de los alumnos. Se trata, en definitiva, de aprender a jugar y de aprender jugando.

Otro valor intrínseco al deporte sería el hedonístico, se refiere al estado que experimenta el sujeto que realiza la actividad. Practicamos deporte por el mero hecho del placer que nos aporta su realización. Se dice que este factor es el que influye en que nos decantemos por uno u otro deporte. El estado de bienestar que nos produce nos es grato, no hay motivaciones extrínsecas. El disfrute no dependerá únicamente de lo que se hace sino también de cómo se hace.

Es de destacar un último valor, que quizás pase desapercibido, pero del que no podemos quedarnos sin mencionar. El valor higiénico, éste además de favorecer la formación de actitudes de respeto y cuidado hacia el propio cuerpo, se está considerando en el currículo como que “la actividad física favorece la conservación y mejora de la propia salud y estado físico, así como que previene determinadas enfermedades y disfunciones” (B.O.V., 1993:1948). Este sería por así decirlo, uno de los valores más elementales presentes en la actividad física desde los comienzos de la humanidad.

Después de mencionar los valores considerados como intrínsecos a la actividad física, y a partir de los resultados obtenidos por las investigaciones realizadas por M.

Gutiérrez San Martín (1995), concluyen en que los valores más propicios de alcanzar a través de la actividad física y el deporte, se clasifican en dos grupos y son los siguientes:

- Valores sociales: Participación de todos, respeto a los demás, cooperación, relación social, amistad, pertenencia a un grupo, competitividad, trabajo en equipo, expresión de sentimientos, responsabilidad social, convivencia, lucha por la igualdad, compañerismo, justicia, preocupación por los demás, cohesión de grupo.
- Valores personales: Habilidad (forma física y mental), creatividad, diversión, reto personal, autodisciplina, autoconocimiento, mantenimiento o mejora de la salud, logro (éxito-triunfo), recompensas, aventura y riesgo, deportividad y juego limpio (honestidad), espíritu de sacrificio, perseverancia, autodomínio, reconocimiento y respeto (imagen social), participación lúdica, humildad, obediencia, autorrealización, autoexpresión, imparcialidad.

Debemos tener en cuenta ante todo, que la actividad física y el deporte, por sí mismos, no son generadores de valores sociales y personales; sí son en cambio, excelentes terrenos de promoción y desarrollo de tales valores. Dependiendo siempre del uso acertado o no, que de la actividad física se haga, se promocionarán valores loables para la persona y su colectividad o por el contrario detestables para sí misma y su contexto social, es necesario entonces: comprometerse, empeñarse en el hecho de educar y promocionar los valores sociales y personales cuando se practican dichas actividades.

Sin ceñirnos demasiado a teorías, podemos diferenciar dos claras tendencias para la educación en valores mediante la actividad físico-deportiva: la teoría del aprendizaje social y la teoría del desarrollo estructural. Normalmente, la más utilizada de forma tradicional ha sido la primera de ellas, aunque la segunda ofrece de cara al futuro unas mayores perspectivas.

La sociedad a través de sus modelos más representativos, ejerce una poderosa influencia. La adquisición de valores, fundamentalmente, llega por imitación de las conductas de deportistas consagrados, generalmente provenientes del alto rendimiento. Estas conductas no siempre constituyen los modelos más adecuados y deseables a imitar. La influencia y el poder mediático de los medios de comunicación en nuestra sociedad una vez más queda reflejada.

La segunda teoría, representada por autores como Piaget, Kohlberg y Haan principalmente, apuestan por un desarrollo moral, en donde cada decisión queda supeditada a unos principios de racionalidad, basada en el nivel de desarrollo del propio practicante. En este caso, el proceso de aprendizaje queda mediatizado por unas experiencias razonablemente estructuradas que dan lugar a un avance progresivo, estadio a estadio. Este modelo, bajo mi punto de vista, es el más adecuado y prometedor, ya que resalta como fundamental el papel del profesor o el entrenador. Lo considera como un modelo ideal de roles, sin obviar la ayuda que la sociedad puede aportar en muchos sentidos. Su estructura consta de cinco pasos básicos: identificación y definición de valores a fomentar, establecimiento de un programa adecuado

(currículum), progresión escalonada de objetivos y actividades, evaluación del programa y obtención de conclusiones.

Estos modelos nos muestran claramente el protagonismo que recae en un agente concreto de la educación. La realidad es bien distinta, los esfuerzos que se realizan aisladamente por parte de profesores, familias, estamentos oficiales, etc... no aseguran los resultados apetecidos.

Es imprescindible que cada agente educativo en coordinación asuma un rol determinado, teniendo en cuenta que los deportistas son personas diferentes unas de otras, deben aportar un estándar de comportamiento humanitario que sirva para la formación de la persona.

II VALORES: QUE, COMO Y CUANDO TRANSMITIRLOS

Reflejar cuales son los valores ideales a trabajar en escolares, teniendo en cuenta la edad cronológica, es una labor que no resulta tan fácil a priori. Teniendo en cuenta que el deporte educativo debe permitir el desarrollo de las aptitudes motrices y psicomotrices en relación con los aspectos afectivos, cognitivos y sociales de la personalidad del niño, respetando en todo momento los estadios del desarrollo humano. Se sobreentiende que la edad biológica no corresponde siempre con la cronológica. La maduración de cada individuo vendrá determinada por factores inherentes, en la cual los docentes conscientes de ello, deberán emplear estrategias que crean acertadas y convenientes para su labor hacia el educando. Es importante resaltar el concepto de fases sensibles (derivado de la embriología), éste ha sido ampliado con el concepto de fase o “período crítico”, para referirse en algunos casos, a una etapa limitada dentro de una fase sensible. Se definen como: “períodos de la vida en los cuales se adquieren muy rápidamente modelos específicos de comportamiento, vinculados con el ambiente, y en los cuales se evidencia una elevada sensibilidad del organismo hacia determinadas experiencias” (J.Baur). “Períodos del desarrollo durante los cuales los seres humanos

reaccionan de modo más intenso que en otros períodos ante determinados estímulos externos, dando lugar a los correspondientes efectos.” (R. Winter)

La situación actual del conocimiento sobre las hipótesis de las fases sensibles determina que aún son discutidas y controvertidas, pero la aplicación de las mismas ha demostrado una experiencia práctica muy importante en el ámbito del entrenamiento infantil. El estudio de las fases sensibles se considera como una contribución al mejoramiento de la eficiencia y la calidad del entrenamiento en edades escolares.

Varios estudios establecen que es más fácil influir sobre las distintas funciones y capacidades cuando están en proceso de maduración, que cuando ya han madurado. Del mismo modo, la utilización de los procesos metodológicos ha de servirnos para explotar los principios de las fases sensibles, teniendo en cuenta la individualidad de los procesos de desarrollo, lo que nos obliga a evitar ceñirnos exclusivamente, al punto de vista cronológico. Ya que deberemos tener en cuenta la maduración biológica con sus precocidades y retrasos.

Hay que destacar que para el aprovechamiento de dichas fases sensibles es necesario prepararlas a largo plazo, utilizando modelos cronológicos adecuados. Según Durand “si en un momento preciso del desarrollo del individuo no intervienen ciertos hechos particulares, en él se produce un déficit más o menos importante o irreversible.”

En esta división propuesta por etapas, que de ninguna manera pretende ser concluyente, se propugnan sugerencias que resultarán útiles y servirán de guía para los educadores a la hora de la práctica educativa. Los valores para ser captados de la mejor forma posible, necesitan de una metodología basada en un proceso de humanización, es decir, para que el docente humanice debe sentirse humano cuando educa, hacedor y creador en su labor.

1.- Categoría Benjamín:

Partiendo de la distribución de categorías y edades contenida en el Decreto 160/1990, sobre deporte escolar, en la categoría benjamín (9-10 años) las actividades físico deportivas se concentrarán en actividades de promoción y actividades de competición formativo-recreativas. Estas actividades serán de carácter polideportivo pleno y se desarrollarán en el ámbito local y/o comarcal. Teniendo en cuenta las características del niño, se debe tener en cuenta que hasta este momento el niño se ha desenvuelto en un ambiente lúdico donde los juegos en grupo, los relevos, el sentido de equipo, era donde los más débiles podían identificarse también con el éxito del propio equipo. A partir de ahora, el niño de esta edad empieza a provocar la comparación. La competición le sirve para valorarse y clasificarse mejor.

Es en este momento donde valores sociales como participación de todos, respeto a los demás, tolerancia y valores personales como diversión, participación lúdica, obediencia y sobretodo, mejora de las habilidades (física y mental) cobran una importancia relevante.

Los docentes deben procurar crear en estas edades una atmósfera de tolerancia que facilite la comprensión de la igualdad entre géneros. Se deberá intentar ser creativos a la hora de proporcionar actividades cooperativas más que competitivas, sin que ello lleve a la eliminación absoluta de la pugna por alcanzar un objetivo.

Se debe tener un especial cuidado en que la propuesta de actividades no fomente en exceso la competencia, ya que como se puede observar, la misma es particularmente precursora de acciones negativas como la agresión, el egoísmo y la intolerancia, entre otras.

Generalmente, a los niños que no les atrae el deporte es porque les ha ido mal. Para incentivarlos, es recomendable buscar actividades colectivas, donde les enseñen a jugar sin tener que rendir de manera individual. La práctica de juegos cooperativos, promueve la participación y el disfrute de todos, crean un clima agradable de clase que facilita un mayor contacto interpersonal, y favorece el descubrimiento de las cualidades del otro.

Como educador, lo más importante que puede hacerse para motivar a un alumno es participar activamente con él. Los niños que observan que sus profesores practican deporte lo toman como ejemplo.

Contar a los alumnos que se cree firmemente en el valor de la participación deportiva. Transmitiendo entusiasmo, su motivación aumentará aún más cuando logre dar prioridad a la práctica deportiva respecto a otras actividades. Hay que poner especial cuidado en que el niño aprecie esta participación, con independencia del éxito que tenga. Los jóvenes no necesitan hacer deporte para estar a la altura de las ambiciones de los mayores. En general, deben hacer deporte para su propia diversión, no para los demás, hay que animarles para que lo hagan por sí mismos.

¿Cómo hacerlo?

Hay que elegir actividades que garanticen una experiencia positiva temprana, y fomentar diferentes actividades para lograr una amplia base.

A juicio de la psiquiatra Recart, la presencia de uno de los padres, ojalá del mismo sexo, es clave. “Que la actividad física se transforme en un momento grato, de encuentro, donde estén juntos, conversen y el deporte pase a ser un agregado. Bajo ninguna circunstancia se los debe obligar porque lo único que se logra es el rechazo”. Es conveniente jugar juntos y al asistir a partidos de algún deporte, cuidar ante todo, no alegrarse de la derrota del equipo adversario, para que el niño/a perciba al deporte como una actividad de juego.

La psicóloga Karen Moenne recomienda que los padres tengan un papel activo en el fomento de la actividad deportiva. Para ello recomienda:

-Asistir con el hijo/a a algunos campeonatos y comentar después los resultados.

-Discutir acerca de lo que observan en los eventos deportivos, como por ejemplo, las faltas de los jugadores y conversar como podría manejarse mejor esa situación.

-Comentar que tener éxito no es lo mismo que ganar, y que fracasar no es lo mismo que perder. De este modo se le enseñará que tolere sus frustraciones cuando las cosas no le resultan como hubiese deseado.

Es esencial y crucial el papel de los padres en esta labor, ya que ellos serán en todo momento un modelo a imitar, los docentes como coparticipes y directores de la actividad deportiva deberemos tener en cuenta estos aspectos:

- Ayudar y animar en todo lo que se pueda.
- No permitir hacer ejercicios que no están adaptados a su nivel.
- Hacerles sentir importantes: preguntando ¿cómo se lo han pasado? ¿ha sido duro, entretenido, aburrido? ¿qué sabías, qué has aprendido?
- Debemos escuchar con atención cuando nos hable sobre ello. Se sentirán recompensados cuando se dé importancia a las cosas que hacen bien.
- Deberemos alabar sin reservas las pequeñas mejoras en un punto débil.
- Debemos facilitar el encuentro con el placer que transmite el deporte, así apreciarán lo bueno de ellos mismos y del rival.

Se debe hacer un esfuerzo por evitar establecer diferencias entre los más capaces y los menos capaces. Para ello es de vital importancia el recoger en las normas la obligación de participación de todos, ya que la sensación de exclusión que puede vivir el niño puede contribuir de forma decisiva a generar problemas de autoestima y de relaciones con el resto del grupo. El deporte se convertirá en un correcto medio de socialización cuando pueda ser practicado por todos los niños y niñas que así lo deseen, y no sean excluidos por razones de aptitud física ni motriz.

En la maduración del niño uno de sus primeros y más importantes logros es el control gradual sobre sus movimientos. Esta será su herramienta fundamental para explorar de manera exitosa el entorno, y así ir construyendo las nociones básicas de su desarrollo intelectual. Pero la finalidad educativa, no sólo debe estar dirigida hacia la mejora de las habilidades motrices, sino también deben estar presentes otras intenciones educativas de carácter integral a partir del desarrollo: de las capacidades cognitivas, del equilibrio personal, de las relaciones interpersonales, de la actuación e inserción social.

Aunque el aprendizaje técnico se desarrolla a través de un proceso que va de lo analítico a lo global o a la inversa, a partir de los trabajos de la Universidad Inglesa de Loughborough, recogidos por Devis y Peiro (1992 y 1995) con su propuesta sobre los Juegos Modificados, esta segunda opción sería a mi entender la más idónea, en la que los aprendizajes inicialmente globales de los alumnos tienen como objetivo la comprensión de la naturaleza del juego deportivo, ya que le permite adquirir una visión contextual a partir de los aspectos tácticos básicos; para posteriormente pasar a su perfeccionamiento técnico-analítico.

En todo este proceso, es importante destacar la obediencia que deben mostrar los alumnos hacia los docentes y técnicos del deporte escolar, para que no los sitúen a éstos como responsables de una actividad secundaria, al margen de la función docente unida a la enseñanza obligatoria.

Asignar funciones responsables por grupos de alumnos, en función de un calendario, son actividades que involucran al alumno a la inserción de la dinámica grupal y le confieren una responsabilidad y competencia significativa. Entre otras actividades es de destacar la asignación de tareas, como la labor de la búsqueda y recogida del material deportivo a utilizar en la sesión, en función del calendario asignado. La obligatoriedad de al concluir la sesión el depósito de todas las herramientas y utensilios utilizados en sus respectivos lugares. Por otro lado, el realizar un registro de asistencias a las sesiones, puede alabar a las personas que más interés y empeño muestran.

2.- Categoría Alevín:

A la edad de 11-12 años, esto es en la categoría alevín, se produce un auge en las actividades de competición formativo-recreativas. Es en este preciso instante donde el niño empieza a valorar de un forma más intensa la importancia de los resultados, la presión de la competición, las recompensas, los halagos, las falsas expectativas que se pueden crear, la presión mediática, el entorno familiar, empiezan a cobrar un impulso que de no controlarlo puede acarrear efectos negativos como el abandono, falta de autoconfianza o una baja autoestima. Valores sociales como la cooperación, amistad, pertenencia a un grupo, trabajo en equipo, convivencia, compañerismo o la cohesión de grupo son a las que deberíamos dar más importancia en esta época.

Los docentes deberíamos, en este momento, prestar atención y ayuda sobre todo a los más pequeños, a resolver la cotidiana contradicción entre la competición y la cooperación, enseñándoles el respeto a los demás y a las reglas, es lo que da sentido al juego y proporciona satisfacción. Aunque signifique dejar de lado toda una tradición, es en este momento donde urge centrar los esfuerzos en la formación de personas dentro de una sociedad que cada vez más, le va dando la espalda a esos valores que garantizan la equidad y armonía en las relaciones. La enseñanza centrada en el aprendizaje de habilidades debería perder la relevancia.

En la práctica nos valdremos de estrategias metodológicas que representen un cambio continuo de compañeros al azar, actividades de expresión corporal que provoquen el contacto y la relación corporal, asumir diferentes roles en juegos.

El educador deberá evitar utilizar un lenguaje que fomente rechazos o falta de respeto hacia los participantes; y al finalizar la sesión, en la puesta en común o a través del cuaderno de campo, se analizará y reflexionará de forma crítica entre los miembros del grupo sobre dichas temáticas, revisando aquellas cuestiones que exigen ser valoradas desde un punto de vista problematizador.

Es necesario resaltar todos los comportamientos realizados por los alumnos, destacando la utilidad que los mismos tienen para mejorar la vida dentro de la sociedad.

Es beneficioso que se propongan charlas de reflexión y debate cuando surjan conflictos entre los alumnos durante las clases, para poder acordar soluciones a los mismos. Conviene dedicar un tiempo a su evaluación, es de especial interés prestar atención al desarrollo del alumno/a, sus capacidades de autoevaluación y de regulación de la conducta. Además de reflexionar y debatir sobre lo ocurrido, debe constituirse en una fuente de aprendizaje para abordar futuras situaciones. Promover el autocontrol y valorar el esfuerzo, deben ser objetivos a tener en cuenta por parte del profesor. Las tareas cooperativas orientadas al logro de un objetivo común, como son en la mayoría de los casos las prácticas deportivas, permiten valorar el hecho de que la renuncia a intereses particulares e individuales es una condición necesaria para el logro de un bien colectivo. La renuncia a dichos intereses, permite ejercitar el autocontrol de nuestra conducta y entrenarnos a no dar respuesta automática a estímulos que implican reforzadores positivos a corto plazo. Aprender a demorar la satisfacción individual en función de una satisfacción colectiva es pedagógicamente necesario en una sociedad como la nuestra.

La promoción de la práctica de ejercicios en grupo, aumenta la adhesión al ejercicio físico según las investigaciones. Al parecer, aquí operan dos elementos:

- 1) el compromiso aumenta porque no se quiere decepcionar a un amigo.
- 2) muchas personas disfrutan del ejercicio practicado de forma social.

A nivel personal deberíamos hacer hincapié en la autodisciplina y autoexpresión, sería conveniente en este sentido sugerir, que se lleve un diario de los ejercicios. Un diario constituye una técnica estándar para cambiar un hábito, por ejemplo la falta de asistencia puntual a las sesiones, al tiempo que proporciona información sobre los modelos a seguir y sirve de refuerzo a la participación.

Ante fracasos deportivos, actuaremos destacando que el esfuerzo y el trabajo son tan valiosos como el triunfo.

Deberemos ayudar a que acepten el resultado sin decepciones innecesarias y sin traumas.

No está demás reforzar el éxito. El elogio verbal sincero y espontáneo puede ser muy útil en la motivación de los participantes. Las recompensas materiales también pueden hacer hincapié en la asistencia satisfactoria y en la participación continuada.

Deberemos convertir los fracasos en victoria, enseñando a trabajar para mejorar la próxima vez. La derrota no es ninguna catástrofe y, por supuesto, no es sinónimo de

fracaso personal, en este aspecto es la familia la que debe enseñar que lo valioso es el esfuerzo más que los trofeos y las medallas.

Si nos quedamos sólo con los resultados, la gran mayoría de las personas tendría que estar frustrada o abandonar el deporte si no destaca. Lo importante es la autoevaluación, recalca el psiquiatra Recart. “Siempre va a haber uno más bajo, más alto, más gordo o más flaco. Lo adecuado es que los profesores o los padres hagan evaluaciones diferenciadas, midiendo los progresos en relación a ellos mismos. Que el niño se dé cuenta de que lo que no podía hacer al principio, lo consiguió más adelante.”

Es necesario apoyarles a que establezcan por sí mismo objetivos realistas, a que ganen en confianza y seguridad. Y sobre todo, les dejaremos que determinen sus propios niveles de participación.

Nunca se deben permitir las trampas, por muy insignificantes que parezcan.

Cada niño tiene derecho a desarrollar sus capacidades deportivas en una atmósfera que destaque la participación positiva, el desarrollo personal y el placer.

Por otro lado, el ejercicio físico le facilitará al alumno la construcción de la imagen y esquema corporal, y aprenderá a quererse y conocerse tal como es, con sus capacidades y limitaciones. Al tomar contacto con su cuerpo, cuidará su alimentación y, si bien no es determinante, existen estudios que indican que la actividad física es un factor protector ante el cigarrillo y las drogas.

Sobretudo, deberemos dar oportunidad al niño para que fomente su creatividad, que sean ellos los que se involucren en la actividad.

Que sean capaces de plantear actividades, juegos y deportes modificados.

Que sean capaces de proponer ejercicios o acciones técnicas diversas para llevarlas a la práctica, de esta forma se sentirán importantes a la vez que verán valorado su esfuerzo creativo. Experimentarán el rol de dirigente o se verán en el papel de entrenadores.

El entrenador debe actuar como educador dotando al escolar de autonomía motriz, lo que le exige emplear metodologías activas que le ayuden a: descubrir, explorar y crear a partir de su cuerpo, y no tanto, a mecanizar o automatizar gestos establecidos desde modelos externos, que habitualmente vienen impuestos y dirigidos hacia la especialización prematura y al rendimiento.

En esta edad la actividad física tiene además un rol “socializador”, ya que todos los deportes poseen normas, reglas, rutinas, por lo que es una manera entretenida de introducir al niño en el mundo reglado. Aprender reglas tiene un sentido, ayuda a fomentar valores esenciales como lealtad, compañerismo, perseverancia y solidaridad, que a la postre se convierten en pilares de la integración de las personas en la vida adulta. El doctor Espina es tajante en este sentido: “un niño que no hace deporte está condenado a tener menor autoestima, a aislarse de lo social y tener más enfermedades que el resto de las personas”.

Para que las estrategias aplicadas con el objeto de propiciar el desarrollo de los valores sociales sean verdaderamente efectivas, éstas deberán ir acompañadas por un accionar acorde del docente. En este sentido el docente deberá ser el primero que sirva como ejemplo de prosocialidad a sus alumnos. Al respecto, es necesario actuar con coherencia en todo momento, los alumnos necesitan un código de conducta al cual atenderse, código que debe guardar cierta permanencia, debiendo informar a los alumnos de los posibles cambios.

En esta edad, es cuando empiezan a surgir lazos de amistad que permanecerán en el futuro, organizar encuentros de convivencia al margen de la actividad deportiva resultan muy positivos, ya que la pertenencia a un grupo crea una mayor compenetración y a la vez inspira una mayor confianza. Practicar actividades diferentes a la actividad común resultan unas experiencias muy gratificantes, a la vez que la variedad ayuda a la motivación. Es aquí donde el “aprender a convivir” debe constituirse en uno de los ejes de actuación de la comunidad educativa.

3.- Categoría infantil:

A la edad de 13-14 años, categoría infantil, entre las diferentes actividades destaca la competición bien de carácter formativo-recreativa o con un fin de rendimiento. Se produce una clara segregación en función del rendimiento. A esta edad valores sociales como la competitividad, lucha por la igualdad, compañerismo, preocupación por los demás cobran importancia, ya que la influencia de la vida adulta y del mundo real cogen una especial relevancia. La clasificación personal en función del rendimiento, la competitividad, puede producir a nivel personal frustraciones y decepciones provocando la huida del deporte, actitudes que se deben evitar con un adecuado entendimiento y aceptación de las condiciones personales.

Una complicación añadida a estas alturas, es que los jóvenes se dan cuenta de que las reglas de un juego no son absolutas; ellas son efectivas en cuanto que son interpretadas consistentemente e imparcialmente por diferentes árbitros y directivos. El acuerdo entre jugadores no es jugar a un conjunto de reglas, pero si es jugar al conjunto de reglas interpretadas por un árbitro en particular, a fin de ganar un partido. Por lo tanto, no es suficiente para manipular las reglas constitutivas, pero es necesario ser consciente de las idiosincrasias del arbitraje y adoptar las estrategias que los ajuste.

No nos equivocáramos al mencionar que los jóvenes, tratan cada vez más de jugar bien y de ganar, a la vez que se interesan menos por el juego limpio. Ante estas condiciones, los entrenadores tienen una importante responsabilidad. Ellos deben decidir si fomentar a los jugadores a jugar con las reglas o jugar con el arbitraje. En los deportes profesionales no hay pregunta, jugar con el arbitraje y adoptar estrategias que son esencialmente instrumentos para ganar. Similarmente, cuando el éxito competitivo es el mayor valor en el deporte de los niños, lógicamente se llega a la misma conclusión. Por lo tanto, los valores del entrenamiento llegan a tener suma y relativa importancia en el éxito competitivo y el valor educacional debería ser examinado.

Desde una educación moral debemos desarrollar entre los jóvenes los valores democráticos de: tolerancia, respeto a las minorías, equidad, justicia social y

solidaridad, como principios esenciales de toda moral. Para ello, se les debe dotar de conocimientos tipo procedimental y actitudinal, que les ayuden a fomentar criterios morales propios, derivados de la razón y el diálogo, no sometidos a presiones o exigencias externas. Este planteamiento llevado al deporte escolar, exige un modelo de enseñanza participativa, basado en el trabajo grupal colaborativo, donde se desarrolle el diálogo y comunicación verbal y corporal, fomentando el intercambio y la necesidad de llegar a un mejor conocimiento de los problemas antes de tomar decisiones, como ejemplo de participación en una sociedad democrática, atendiendo a los valores y normas sociales, así como potenciando una práctica más autónoma entre los participantes. Respecto a la organización grupal, estudios realizados (Guzmán & Prieto) demuestran que el 60% de los alumnos prefieren trabajar en grupos de 4-6 alumnos, en cambio en parejas el 20%. Entre las ventajas más destacables apreciadas por ellos mismos, es que les resulta divertido, además de fomentar el compañerismo. Las desventajas más destacables, son la dificultad que entraña ponerse de acuerdo y el poco trabajo realizado por la acumulación de las bromas.

Parece que en estas afirmaciones, los niños entienden que el avance es mínimo en el trabajo, ya que invierten tiempo en alcanzar acuerdos sobre las tareas propuestas y desde el punto de vista del producto final (trabajo elaborado) suponen una pérdida de tiempo los procesos de intercambio de información, de tomas de decisión, de reflexión sobre lo que hacen, de evaluar las decisiones,...., posiblemente esto vaya vinculado a una visión de la educación arraigada en el alumnado, en el que el producto final tenga una mayor relevancia en detrimento de aspectos sobre el proceso de elaboración (propuestas, discusiones, acuerdos).

La idea de felicidad que todos tenemos el derecho y el deber de forjarnos a lo largo de nuestra vida, se construye fundamentalmente a partir del cultivo y el desarrollo de la autonomía. Pero la autonomía no puede ni debe entenderse como sinónimo de aislamiento. La autonomía requiere que la persona tenga criterios propios, pero también que esté informada suficientemente sobre aquello que puede ser objeto de decisión, y para ello es necesaria la presencia de los otros y la interacción vital, a través de experiencias, lúdicas o no, con ellos. Debemos entender que nos hacemos personas autónomas con los otros, con aquellos que con formas diferentes de entender la vida contribuyen a formar mejor nuestro criterio y a optar por un modelo de vida y de felicidad, fruto no sólo de nuestro particular e independiente punto de vista, sino del sano juego de interacción con los demás, con sus percepciones de la realidad y con sus maneras de entender la felicidad.

Para llevarlo a cabo, habría que dejar mayor capacidad para la toma de decisiones a los participantes, haciendo que sean ellos, los responsables de poner las normas y reglas de los juegos, así como de cuidar por su cumplimiento, evitando que dicha labor sea exclusiva de unos jueces como personas ajenas a la dinámica del juego. Esta labor de educación en el respeto a las normas, debe estar presente desde etapas más tempranas, pero a esta edad, sería conveniente que intervinieran de forma activa en el diseño de ellas. El trabajo en pequeños grupos mediante el estilo de microenseñanza nos permitirá mejorar valores y actitudes relacionadas con la cooperación, el respeto mutuo y la tolerancia, con lo que la modificación del estilo de enseñanza utilizado en nuestras clases pueda favorecer el desarrollo de ciertos valores. Diría del mismo modo, que la práctica deportiva debe ir precedida de un proceso de diseño y planificación, intentando mantener controles diarios, mediante el logro de objetivos intermedios del trabajo a

desarrollar a través de planillas, fichas o actividades en el cual es conveniente que participe el alumnado. En esta fase es posible activar habilidades en el/la alumno/a, como por ejemplo, diagnóstico de la situación, priorización de objetivos, debate sobre posibles tácticas y búsqueda de consenso sobre formas de actuación y estrategias. Así, podremos incidir de manera motivadora en el desarrollo de las capacidades de argumentación, diálogo, consenso, aceptación de compromisos y autorregulación, de la conducta para cumplir con los mismos.

Valores personales como reto-personal, autoconocimiento, logro (éxito-triunfo), autorrealización, espíritu de sacrificio, perseverancia, imparcialidad, deportividad y juego limpio (honestidad), deben ser trabajados, ya que al ser un período crítico en la edad escolar dependerá de la superación no traumática de esta fase, la práctica futura de la actividad deportiva de un forma continuada.

Cuando el niño tiene una perspectiva de objetivo competitivo, está preocupado por demostrar su capacidad respecto a los demás. El joven emplea una concepción de la capacidad en la que está implicado su ego. En lo que se refiere a las percepciones de capacidad respecto a los otros, depende mucho de la valoración subjetiva que hace de su propia capacidad respecto a la de los demás. Cuando están orientados hacia la competición, los niños usan estándares normativos para evaluar esa capacidad.

Cuando los jóvenes en estas edades se orientan hacia la competición y perciben que su capacidad es alta, se centran en el esfuerzo, se esfuerzan ante los fallos y persisten largo tiempo en el empeño. Sin embargo, Dweck ha argumentado que los comportamientos adaptados de los individuos que están orientados hacia la competición son muy frágiles frente al fracaso o dificultad.

Ante estas afirmaciones, parece convincente crear un ambiente de trabajo como si se tratase de un programa de especialización. Las situaciones de clase implican a los niños en empresas relacionadas con la consecución de un objetivo en las que los resultados se consideran valiosos e importantes y la evaluación formal se impone externamente (Ames, 1992).

Los escolares, de este modo, pueden centrarse o bien en desarrollar sus capacidades y aprender nuevas habilidades, o bien en demostrar o proteger sus capacidades. Las recompensas externas y el reconocimiento del profesor o entrenador, puede derivarse en una satisfacción personal de la participación, o en la creencia que el propio esfuerzo supone una mejora. De esta forma, se puede afirmar que las situaciones del deporte y las académicas comparten rasgos estructurales similares (Ames, 1992).

Existen pruebas concluyentes al respecto, ya que dando ciertas recompensas y estableciendo expectativas individuales, el profesor o el entrenador, puede influir significativamente en la forma en la que el joven percibe su propia experiencia deportiva. Los jóvenes, por tanto, deben dedicarse a mantener un clima de especialización, estableciendo objetivos y poniendo el acento sobre el aprendizaje y el desarrollo de habilidades.

Una capacidad básica de todo ser humano y fuente de resolución de conflictos sociales, que requiere también de un aprendizaje, es el diálogo. Para el diálogo efectivo y que contribuya a la mejora de la educación integral de las personas es necesario una

pauta fundamental, la serenidad, el sosiego y la tolerancia. Desgraciadamente, no siempre es éste el ambiente que rodea a una competición deportiva en categorías, por ejemplo en infantiles. La “obsesión competitiva” que existe provoca efectos contrarios a los mencionados como son la excitación, el apasionamiento o la alteración. Debemos dar a entender a los alumnos la importancia del juego, la diversión. El ganar o perder no es más que la consecuencia. Hay que aceptar y asumir que el ganar o perder no es más que un lance del juego, aunque a todos nos agrada el sabor de la victoria y nos amargue el fracaso, ante la derrota o la superación del rival, el control de nuestros impulsos es una labor a desarrollar.

Existe un consejo en el juego que es de aplicación al deporte: “¿Has tenido una pérdida? Olvídalo enseguida. ¿Has tenido una victoria? Olvídalo todavía más deprisa. No dejes que el ego y la codicia te impidan pensar con claridad y trabajar duramente.”

Las pasiones que levantan los grandes acontecimientos deportivos, en ocasiones suelen tener su repercusión en los alumnos. La experimentación de alegrías y fracasos, su análisis y reflexión nos enseña a asumirlos, la pérdida no es más que parte del juego. Hay que aprovechar lecciones ocasionales, que ayuden a interpretar más adecuadamente los acontecimientos deportivos de mayor actualidad y trascendencia.

Las trampas o el juego sucio no son más que el reflejo de esa obsesión competitiva que nos impulsa a hacer lo que sea para ganar. Hay que hacer entender a los alumnos que probablemente sin justicia son falsas otras voluntades como las de ser tolerante. Es imprescindible enseñar a los jóvenes deportistas a respetar las normas o reglamentos de forma justa y ecuánime. En la edad escolar, donde el entrenador se constituye en árbitro de situaciones problemáticas, la existencia de tareas en las que sean los propios alumnos los que tengan que conocer y hacer cumplir las normas del juego son elementos con una riqueza educativa intrínseca.

Estamos en una edad en la que la recapitación de nuestras acciones, nos ayudan a moldear nuestro futuro carácter y forma de actuar. Es preciso conocer a los jóvenes que entrenamos, su motivación, objetivos y expectativas de futuro. Un trabajo grupal muy interesante, consiste en realizar cuestiones para activar la reflexión y conocimientos previos sobre valores y actitudes. Jerarquizar los siguientes valores sociales: respeto, amistad, cooperación, cohesión grupal, igualdad o compañerismo.

Determinar a nivel individual cual de los siguientes valores personales es el más y el menos importante: humildad, obediencia, juego limpio, reto personal, habilidad o autorrealización.

Señalar un valor y actitud como ejemplo.

Estas actividades al margen de ayudar a la persona a la reflexión, sirven de pauta para humanizar a los jóvenes y tomar consciencia de la repercusión de sus actitudes en la vida social. Se debe ir potenciando la idea de que la actividad física, en general, es un hábito recomendable, por lo que debe intentarse inculcar como sistema de vida, junto con otros repertorios de conductas habituales.

Es una conducta a trabajar el dominio personal, controlarse, el ser equilibrado, dominar su orgullo y soberbia, evitar su enfado y desidia, comprender no sólo a su equipo, sino al equipo contrario. De este modo saber perdonar la acción de un

compañero, un fallo arbitral o el error de planteamiento de su propio entrenador, procurando buscar siempre un equilibrio que le haga crecer. Esto lo fortalecerá, le permitirá doblegar y superar situaciones difíciles, hacer frente a los miedos que en ocasiones le pueden atenuar tanto en el terreno deportivo, como en la vida personal.

Uno de los instrumentos más utilizados y con mejores perspectivas en el futuro para el seguimiento del control del comportamiento, es la ficha de autocontrol del comportamiento. Este instrumento, es un elemento clave para la mejora de la actitud. La mayoría de los alumnos que lo han utilizado argumentan su utilidad, afirmando que ayuda a ser consciente de la actitud, porque se dan cuenta de lo que hacen en clase, reflexionan sobre su comportamiento o, por qué antes no lo tenían en cuenta.

Aunque las actividades escritas normalmente no son utilizadas, para que la fase de familiarización resulte efectiva, creo que sería recomendable una introducción progresiva de ellas.

En este sentido, en una segunda fase, sistematizar el control mediante escritos sobre el comportamiento ayudaría a la propia reflexión y a analizar las diferentes conductas que van asociadas a los valores propuestos por el entrenador.

En el contexto educativo, un agente que en muchas ocasiones influye de manera crucial en las actividades de los jóvenes de esta edad son los padres, ellos deben ser conscientes de la importancia que pueden tener las propias actitudes como padres o madres, al contemplar espectáculos deportivos, en relación a la formación ética y moral de los hijos e hijas, y también deben valorar la oportunidad que ofrecen determinadas situaciones para incidir en dicha formación a través de conversaciones y conductas a propósito de los espectáculos deportivos. Situaciones concretas constituidas por las acciones conflictivas de los competidores sirven para plantear conversaciones en las que se reflexione en torno a cuestiones tales como el significado y funciones de las reglas de juego, el valor y el mérito que tiene la victoria respetando las reglas.

Una de las prácticas más motivantes con jóvenes de esta edad, es la de acompañar las sesiones de entrenamiento con música. A parte de acompañar la actividad de una manera agradable, esta música crea una identificación, un estilo, sirve de estímulo y ayuda a convertir al grupo en más homogéneo, estimulando su capacidad socializadora, a la vez de tener una mayor compenetración entre los compañeros.

4.- Categoría Cadete:

En la categoría cadete 15-16 años, parece razonable abrir un proceso de análisis, ya que en esta edad crítica, se empieza a abandonar la práctica deportiva debida especialmente a la finalización de la escolarización obligatoria. Entre las razones más importantes y frecuentes, que esgrimen los jóvenes para dejar el deporte son:

- El conflicto de intereses.
- El carácter demasiado serio de los entrenamientos.
- El sentimiento de no progresar.
- Las relaciones conflictivas con el entrenador.
- No soportar la presión.
- El lugar preponderante de la competición.

Es preciso hacer notar que este último factor, según los resultados del estudio sociológico del profesor García Ferrando sobre las aficiones deportivas de los escolares, sólo el 7% de los encuestados contestó que su motivo de práctica deportiva era la necesidad de competir.

Un factor importante será fomentar la inserción de los jóvenes en el asociacionismo deportivo local, para lo cual, se debe posibilitar la plena integración de los escolares en las actividades propias de los clubes deportivos.

Para evitar la huida del deporte, deberemos, a nivel personal trabajar valores como el mantenimiento o mejora de la salud. Que sean ellos, los jóvenes, los que tomen conciencia de que la práctica deportiva, es una herramienta fundamental en el autodomnio, autoconocimiento y equilibrio personal.

Es por tanto, una labor interesante promocionar los tópicos de salud desde un punto de vista mental. Aplicar recursos y estrategias de intervención a corto plazo que mantengan los niveles de actividad y ánimo. Se debe reconsiderar el concepto salud pública en el marco educativo. El deporte se debe entender como un aspecto más de la vida. Se juega, se gana o se pierde. Se debe entender como una actividad divertida y de mejora física, no merece la pena obsesionarse con la victoria. El deporte entendido como valor a desarrollar, permite tener un efecto preventivo relevante en esta sociedad.

Debemos convenir que ciertamente las actividades físicas solamente llegan a un porcentaje no precisamente alto, si realizamos un análisis somero sobre las inscripciones en deporte escolar, vemos que sobre todo se participa a nivel de chicos, en unos deportes concretos y preferentemente en colegios privados. Por unas razones u otras las actividades que se ofertan o el modo de realización no satisface los intereses de este colectivo.

Es un momento adecuado para abrir las puertas a actividades deportivas donde proporcionen aventura y riesgo, de este modo, conseguir una autonomía que nos sirva para en el futuro practicar aquello que nos agrada sin estar influenciados por el entorno. La naturaleza es un medio insuperable para llevar a cabo una opción educativa completa, integral. Los chavales se encuentran con una realidad hecha a su medida, donde pueden satisfacer su necesidad de expansión y de aventura. La novedad, el riesgo (simbólico) son factores muy atractivos en esta etapa y se pueden manifestar de formas distintas. En el medio natural, el alumno tiene la posibilidad o la necesidad de ser autónomo con todo lo que ello supone. Debe aprender a observar, a enterarse de los fenómenos y de los hechos naturales, descubrir, desplazarse, orientarse, saber instalarse, calibrar el peso y la distribución de la mochila, pasar frío, calor, la lluvia, la noche, cansancio, cambios de costumbres, trabajar en grupo, la responsabilidad individual, la responsabilidad compartida, en definitiva, toda una variada gama de aspectos cognitivos, afectivos y motrices de muy difícil consecución en el entorno “normal”.

Aunque a veces es complicado desplazarse a ese entorno, y a pesar de que no será lo mismo, contamos con entornos más próximos: parques urbanos, recreativos, bosques cercanos, campos,....., son espacios a los que se pueden adaptar las llamadas Actividades Físicas de Aventura en la Naturaleza. Es preciso, en este contexto, trabajar la educación ambiental, fomentando el respeto hacia el medio natural, ya que el sujeto se debe considerar integrante del medio natural, no como explotador del suelo y de sus riquezas, sino para favorecer una relación armónica y respetuosa con dicho medio.

Desde la actividad físico deportiva, desarrollaremos entre el alumnado valores que ayuden a recuperar el respeto y cuidado al medio natural, fomentando actividades que se realicen en dicho entorno, para que los alumnos lleguen a conocerlo y habituarse a su buen uso y cuidado. Actividades como el senderismo, la orientación, cicloturismo, escalada, etc... así como todo aquello que pueda realizarse en el espacio exterior, que ayude a los alumnos/as a encontrar buena sintonía con ese entorno y ser críticos ante el mal uso que algunas nuevas prácticas deportivas hacen de él.

También es una edad adecuada para trabajar entre los escolares actitudes positivas, responsables y críticas hacia la publicidad que invita al consumo de material deportivo y de prácticas que se ponen de moda en las que se exige un alto precio. Como alternativa a ese discurso comercialista se puede favorecer: la utilización de material de desecho construido por ellos mismos, recuperando juegos y tradiciones populares que les ayuden a adquirir un conocimiento de sus raíces más ancestrales, fomentando actividades de conocimiento y respeto al entorno. De este modo, ayudar a crear una conciencia crítica que favorezca una discusión razonada sobre temas generados por la sociedad de consumo: publicidad, deporte espectáculo frente a deporte práctica, el negocio de las grandes multinacionales de material deportivo, etc...

III CONCLUSIONES

En la realización de este trabajo me ha resultado sorprendente la gran dificultad para encontrar bibliografía específica sobre el tema en cuestión. A pesar que se considera que suscita un gran interés social, la mayoría de las investigaciones se fundamentan en estudios muy teóricos y poco concretos. Del mismo modo lo manifiesta Gutiérrez: “Resulta sumamente contradictorio la gran cantidad de comentarios que actualmente se hacen sobre el desarrollo y las manifestaciones de valores sociales, éticos y personales a través del deporte, respecto a las pocas referencias que posteriormente aparecen en la literatura especializada.” (1995). Sin embargo, están surgiendo muchas iniciativas en relación al tema, especialmente desde instituciones públicas que impulsan campañas de sensibilización, promoción y difusión de valores en el deporte, que resultan de gran interés y adquieren una relevancia social importante. Pese a los esfuerzos que se están realizando, estas experiencias son minoritarias, y todavía es prematuro hacer una valoración de los resultados obtenidos y de su incidencia real en la mejora de los valores personales y sociales.

No me equivoco al afirmar que el sistema educativo está atravesando una crisis de identidad, de objetivos, de valores. El desequilibrio se encuentra en la misma sociedad y en todas las instituciones. El sistema no está sirviendo para formar ciudadanos democráticos, críticos, autónomos y colaboradores. La escuela misma se nos presenta como dependiente, acrítica, competitiva y autoritaria.

Centrándonos en el deporte escolar, podemos afirmar que hoy en día, el deporte escolar se ha transformado en una expresión de la búsqueda de resultados, generándose un clima negativo para la formación ciudadana de los niños, ya que en los entrenamientos y torneos se reproducen acciones propias del deporte de alto rendimiento, en detrimento de la producción de aprendizajes significativos subjetivos y sociales. Se puede afirmar que los supuestos que subyacen a las actitudes y que se valoran significativamente son: vencer al oponente, importa más el fin que los medios. Estos se encuentran distanciados de otros tales como: solidaridad o el respeto mutuo en el marco de un orden social justo y fraterno. Los entrenadores o educadores normalmente no fomentan una actitud investigativa en los alumnos, sino que la actitud que se fomenta es la de imitar. Se obliga al alumno a imitar exactamente el modelo técnico. El rol del entrenador es percibido por el alumno como un instructor y transmisor de conocimientos más que como un educador.

Los monitores deportivos que habitualmente desarrollan estas actividades extraescolares necesitan de una ayuda extra en su formación. A parte de la formación específica en el tipo de prácticas, contenidos de carácter pedagógico resultan imprescindibles, ya que ésta es el fundamento de la educación (en cuanto que es de aquélla de la que se nutre toda orientación en el ámbito educativo). Esta labor formativa no está supeditada exclusivamente a las federaciones, las instituciones públicas deben ofertar cursos específicos a los monitores deportivos, en donde quede de manifiesto el componente pedagógico. Inherente a toda formación del profesional del deporte estará la base filosófica o ideológica sobre la que sustentará su intervención educativa; sobre

ella versará la jerarquía de valores (implícitos o explícitos) que tratará de transmitir a sus, [alumn@s](#), [jugador@s](#), etc... Formarlos críticamente (en la medida que se pueda) para que sean capaces de establecer su propia jerarquía de valores y sepan resolver dilemas morales.

Todos somos responsables de la educación de nuestros jóvenes. Para conseguir un cambio de actitudes en los alumnos, debemos partir de una implicación y el apoyo de todos los estamentos educativos: profesores, familias, monitores responsables de las actividades extraescolares y la influencia de los medios de comunicación. Especialmente la televisión, debido al gran poder seductor e incluso hipnotizador que posee, convirtiéndose así en uno de los mayores instrumentos de educación moral para nuestro alumnado. En este sentido, se debe crear una actitud crítica con relación al modelo de deporte que nos llega a través de los medios de comunicación; el conocimiento, los mecanismos de funcionamiento de los medios de comunicación y sus intenciones; la toma de conciencia de que a menudo se resalta la agresividad por encima de las conductas de juego limpio por el sensacionalismo que conlleva; y finalmente, la sensibilización de la discriminación que sufre especialmente el deporte femenino.

El deporte escolar es una actividad que fomenta muchas habilidades, aptitudes y actitudes en los [niñ@s](#). Valiéndonos de ello, propongamos actividades que faciliten la comunicación y colaboración. Actividades diversificadas, de modo que se extiendan a todos los practicantes las actividades menos valoradas socialmente. Ante todo, actividades que generen la reflexión y favorezcan: las conductas de juego limpio, la aceptación y el respeto de las reglas, la aceptación del éxito de los otros y las propias derrotas, o la disminución de la agresividad física y verbal en el juego y el deporte. Se trata en definitiva de impulsar el reconocimiento de la competición como un medio para pasarlo bien y no como una finalidad en sí misma.

He intentado recoger, en este breve trabajo, valores que considero óptimos para la formación integral del [alumn@](#), tomando como punto de referencia el desarrollo global. Para formarlos como seres humanos, y no como máquinas elaboradas de movimientos estereotipados o reproducciones sin sentido en donde la espontaneidad, la creatividad, la libre expresión son un tenue reflejo de ese gran valor que es la condición humana. Se debe “educar en sentido amplio, educar para que los alumnos y alumnas se conviertan en ciudadanos capaces de alcanzar un sentido de realización personal” (Gutiérrez, 1996).

En definitiva, el deporte en sí mismo no es bueno ni malo, la sociedad es la que le otorga un sentido u otro, según como lo desea ejercer. Se trata de utilizarlo para un beneficio, siempre desde la perspectiva educativa. Tratemos en un esfuerzo coordinado, aunque se vaya en contra de lo que impera, estimular el juego limpio y el respeto por las normas, dejando de lado las presiones, los resultados deportivos y la sobreexplotación infantil. “Comenzar pronto, pero sin prisa” (Proverbio chino).

BIBLIOGRAFIA

- * **Amat, M y Batalla, A.** *Deporte y educación en valores.* Revista Aula de Innovación Educativa. (91). 10-13. Barcelona. 2000.
- * **Antón, J.L.** *Entrenamiento deportivo en la edad escolar.* De. Junta de Andalucía, UNISPORT, Málaga. 1989.
- * **Bayer, C.** *La enseñanza de los juegos deportivos.* Hispano Europea. Barcelona. 1986.
- * **Blanchard, K y A. Cheska.** *Antropología del deporte.* Bellaterra. Barcelona. 1986.
- * **Blázquez Sánchez, Domingo.** *La iniciación Deportiva y el Deporte escolar.* Inde Publicaciones. Barcelona. 1995.
- * **B.O.C.** Núm. 44,9 de Abril de 1993; Núm. 4, 10 de Enero 1994.
- * **Bolivar, A.** *La Evaluación de valores y actitudes.* Anaya. Madrid. 1995.
- * **Cagigal, J.M.** *Cultura intelectual y cultura física.* Kapelusz. Buenos Aires. 1979.
- * **Cagigal, J.M.** *La pedagogía del deporte como educación.* Revista de Educación Física (3). 5-11. La Coruña.
- * **Cruz, J. Boixadors, M. I Altres.** *Papel de los agentes de socialización en deportistas en edad escolar.* Revista de psicología del deporte. Vol 7-núm.2. (295-310) Universitat Illes Balears. 1998.
- * **Camps, Victoria.** *Los valores de la Educación.* Anaya. Madrid. 1998.
- * **González, A. M.** *El desarrollo moral en la vida adulta, en Psicología del Desarrollo: Teoría y Prácticas.* Aljibe. Málaga.
- * **González, L.D.** *Deporte y educación.* 1993.
- * **Gutiérrez Sanmartín, M.** *Los valores sociales y Deporte.* Gymnos ed. 1995.
- * **Gutiérrez, M.** *¿Por qué no utilizar la actividad física y el deporte como transmisor de valores sociales y personales ?* Rev. Española de Educación Física y Deportes. Vol 3. Nº 1. Pp. 40-42. 1996.
- * **Guzmán B. & Pintor P.** *Educación en valores a través de la Educación Física: aplicación de un programa en Educación Secundaria.* Revista Digital. Nº 54. Buenos Aires. Noviembre 2002.

- * **Hernández Álvarez, Juan Luis, Velázquez Buendía, Roberto & López Crespo, Clara.** *Deporte y educación para la convivencia: una perspectiva de educación en valores y actitudes.* Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado. 2002.
- * **Kohlberg, L.** Stage and sequence. The cognitive-development al approach to socialization. In D. A. Goslin (Ed.), *Handbook of socialization theory and research.* Chicago: Ran- McNally. 1969.
- * **Onetto, Fernando.** *¿Con los valores quién se anima?* Ed. Bonum. Buenos Aires. 1997.
- * **Ortega, P y Otros.** *Valores y educación.* Ariel. Barcelona 1996.
- * **Palacios, J.** *El planteamiento educativo como solución al problema de la violencia en el deporte.* Apunts Educació Física i Esports, 23, 89-98. 1991.
- * **Sánchez Bañuelos, Fernando.** *Bases para una didáctica de la Educación Física y el Deporte.* Gymnos. Madrid. 1992.
- * **Seirul.Lo, F.** *Valores educativos del deporte.* Inde. Barcelona. 1995.
- * **Trepas, D.** *La educación en valores a través de la iniciación deportiva. La iniciación deportiva y el deporte escolar.* INDE. Barcelona. 1995.
- * **Trilla, J.** *El profesor y los valores controvertidos: Neutralidad y beligerancia en la educación.* Barcelona: Paidós. 1992.